**XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A**

## INVITADOS A UNA FIESTA ETERNA

**Padre Pedrojosé Ynaraja**

Leo y releo el texto evangélico de la misa de este domingo, tal como lo redacta el misal. No os diré, mis queridos jóvenes lectores, que esté equivocado, pero sí que el lenguaje lo encuentro almibarado. Trataré de decirlo de otra manera, que me parece está más de acuerdo con la ambientación de la escena.

A una boda estaban invitadas diez alegres teenagers o quinceañeras, como queráis llamarlas. Eran compañeras de la novia. Ni olvidaron la alheña, vosotros la llamáis henna, su nombre árabe, el conocido pigmento de los tatuajes, ni las correspondientes lámparas, que algunos creen que serían más bien antorchas. En uno u otro caso, simples enredados cabezales de estropajo, aptos para empaparse con rapidez. Era preciso acompañar este material de un combustible, que en aquel tiempo no podía ser otro que el aceite de oliva. Como pasa con gente de esta edad, y de las demás también, algunas chiquillas eran algo estúpidas, otras precavidas. Incluso ahora que tenemos bombillas eléctricas, nada es comparable al nervioso y alegre resplandor de una llama salvaje. Lo sabían ellas bien y también el protagonismo que tenía su presencia. Una fiesta, por concurrida que sea, si a la pareja anfitriona la acompañan únicamente vejestorios, será una triste o ridícula convivencia

La pareja protagonista y amiga, ya hacía tiempo que se habían casado, es decir, de acuerdo con sus posibilidades, conveniencias y gustos, habían formalizado su compromiso matrimonial. No hay que olvidar que muchos animales se aparean por puro instinto. Los humanos se aman y se comprometen, cuando consideran que les conviene hacerlo así. Interviene en esta primera etapa la familia, sin que pierda protagonismo la pareja. Ahora bien, siendo un encuentro serio, se realiza en el ámbito más bien privado de la intimidad de las familias. A partir de aquel momento, no se trataba de limitarse a salir juntos, sino de irse conociendo y proyectando su vida futura de mutuo acuerdo. Es una aventura apasionante, no exenta de dificultades. No hay que olvidar que el pueblo hebreo no es especialmente erótico. Los derroteros de su unión que cada vez va ganando en profundidad, siguen otros criterios. Algunos textos del Antiguo Testamento son bellísimos expresiones de humana sensualidad, pero son una excepción. Me había desviado de la narración, perdonadme, continúo con lo que os contaba. Las amigas acompañaban a la novia, la perfumaban y vestían con sus mejores galas, sin olvidar los tatuajes. Faltaba el solemne encuentro de la prometida con el novio, también él engalanado, para entrar en el recinto de la fiesta, donde esperaban alegres las criaturas, que pronto se quedarán dormidas y las comadres, que lo pasarían a lo grande con sus chismorreos. El festín duraba unos días, el fuego  era tan importante, como el

chupinazo de las fiestas de San Fermín en Pamplona. Si un año un alcalde se olvidase de encenderlo, con seguridad se vería obligado a abandonar el consistorio y morirse de aburrimiento en el exterior. Es algo parecido lo que les pasó a las chicas tontas. Quisieron arreglarlo a última hora, volviendo a casa en busca de aceite. Al retornar ya nadie se acordaba de ellas, habían cerrado la puerta de la estancia y no pudieron entrar, condenadas a pasar la noche a la intemperie.

Viene ahora la enseñanza que nos quiere trasmitir el Señor. Estamos invitados a una gran fiesta, Jesús nos lo ha ido recordando cada vez que nos hemos encontrado con Él, sea en la oración o en los sacramentos, pero hay gente que lo olvida. Se entretiene en tonterías. Procura acumular riqueza, conseguir piso, comprar coche, tener el último modelo de MP3 o móvil, cosa que le parece imprescindibles. Son como aquellas chicas tontas. A la celebración, al Cielo, es preciso ir rebosante de emoción, de alegría, de generosidad, de elegancia, de limpieza espiritual y lealtad. Los egoístas, despreocupados y perezosos, no tienen sitio para ellos en la eternidad.

Rezaré, mis queridos jóvenes lectores, como cada semana lo hago, para que no seáis tontos y atolondrados y os perdáis la grande y definitiva oportunidad de vuestra existencia.

**Padre Pedrojosé Ynaraja**